Ideas de literatura comparada

Novela rosa, aunque hable de pandillas juveniles y música roquera

JOSE ANGEL MAÑAS
Mensaka
Destino / Barcelona 1995
166 páginas / 1.900 pesetas

La Esfera (EL MUNDO)

JUAN ANGEL JURISTO

DOM. 26.XI.95

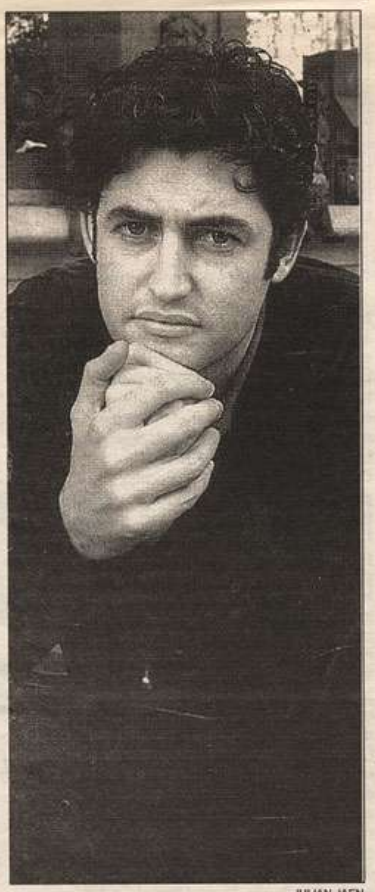
Cuando se publicó *Historias del Kronen* me pareció que asistíamos a una escalada mayor en la inanidad que la que supuso el psicologismo y el neocostumbrismo de la llamada «nueva narrativa». Esa escalada suponía una ruptura, por incultura y estupidez, del más elemental impulso literario a la vez que establecía una delicuescencia en el lenguaje, producto de la vaguería y de la desidia que intentaba pasar, además, como un reflejo fiel de una manera de hablar de la juventud española de hoy día. La más obsoleta crónica de magnetófono, en suma, elevada a rango literario.

Con la lectura de *Mensaka*, así con K que parece ser el distintivo casi fónico de su autor, última novela de José Angel Mañas, el temor se ha convertido en una evidencia que debe mucho a la sociología y poco al quehacer literario.

Trata esta suma de páginas de un mensajero eternamente cabreado, que quiere formar un grupo de música dura con unos amigos, Javi, Fran, Ramón y sus correspondientes novias, Bea, Eva, Natalia, Laura... y que, finalmente, no lo consigue debido a que un grupo de rapados, capitaneados por «el Lentejas», le pega una paliza. Los capítulos, pequeñitos en cuanto a su extensión para dar una sensación de vértigo, y, de paso, no complicarse la vida, reflejan una intencionalidad literaria sorprendentemente curiosa, pues están escritas en primera persona por los distintos componentes de la pandilla. Escribo «sorprendentemente» porque de la lectura de las páginas no se infiere tal cosa, al hablar todos con el mismo tono e igual léxico. Esta multiplicidad de voces, engañosa por otro lado, esconde sin embargo una auténtica mina para hacer sociología de la literatura, como en su momento se hizo con Corín Tellado, y el hallazgo se encuentra en que *Mensaka*, aunque no lo parezca porque habla de grupos de rock y de pandillas juveniles, es una suma de páginas cuyo resultado cabría calificarlo de culebrón anémico, de novela rosa en suma, aunque sin las implicaciones de inocencia pornográfica de nuestra escritora asturiana.

Medio y mensaje

Me he divertido leyendo *Mensaka* por esta razón, cosa que me ha servido para meditar sobre la verdad que se esconde en el dogma que dice que el medio es el mensaje, pues si esta novela se hubiese publicado en ediciones de literatura rosa de kiosko, con k, nuestro autor no poseería la jerarquía que se le supone, pero estaría, de seguro, donde le corresponde. El motivo de tamaño juicio es elemental y esconde una protesta solapada ante la iniquidad que se nos avecina bajo el celofán de lo literario. Creo indefendible el hecho de que grabar horas de conversaciones de bares y, luego, plasmarlas en un papel represente algo que tenga la semejanza más tenue con el hecho literario y, por este motivo, realizaré comparaciones no usuales en lo canónico pero sí justificadas.



JULIAN JAEN
José Angel Mañas publica su segunda novela.

Hace pocas semanas se editó una novela de Francisco J. Satué, *Piel de centauro*, que tenía por protagonista a un mensajero, éste no cabreado pero sí desesperado —ésta es una de las diferencias—, que por un problema amoroso, de verdad, entra en una noche madrileña que podría ser tomada como un trasunto del infierno moderno. Gracias a una serie de acontecimientos, el mensajero se convierte, finalmente, en guerrero. Las comparaciones entre estas dos novelas son inevitables por la semejanza de las historias y por la perversidad del mercado y, sin embargo, pertenecen a mundos que no pueden tocarse entre sí.

Cultura y talento

La novela de Satué realiza una indagación en el lenguaje; Mañas se conforma con accionar el magnetófono y entresacar los modismos que dentro de un año nadie retendrá en la memoria; donde en Satué hay descripción de palizas porque no dejan de ser batallas, en Mañas éstas se convierten en un párrafo de insultos porque, en realidad, no sabe describir; donde en Satué hay cultura y talento, en Mañas, y digámoslo claramente, hay aprovechamiento y rapiña. Con estos resultados, pues, creo que sería un atrevimiento caer en la impostura de hacer crítica literaria.

La importancia, entonces, del espacio reservado queda a merced de algo que tiene poco que ver con la calidad que se le otorga a una obra, y sí con la expectación que despierta el mercado editorial. Pues bien, si como texto literario esta suma de páginas no ofrece el mínimo exigido para realizar una crítica, como acontecimiento sujeto a la actualidad me atrevo a afirmar que en manos de un director de cine inteligente puede salir una bonita película de costumbres o un telefilm para pasar el rato.

Me afirmo en ello después de leer escenas tales como la de la paliza que le da al mensajero «el Lentejas», la del «mono» que tiene una pobre chica y, finalmente, por descripciones de la ciudad como la que sigue: «Se ve Madrid en plan película». ¿Será un mensaje cifrado del autor para encandilar a algún productor? La respuesta, dentro de unos meses.

De mañas y malas artes

Tengo escrito que el perfil de los jóvenes lo configura su capacidad de rebelión. Antaño, pues dispongo de noticias que demuestran el cambio registrado al respecto en los noventa, el conformismo no se correspondía con el espíritu de las juventudes, plurales desde su origen, disconformes, radicales en sus justicieras propuestas (casi siempre, hijas de la necesidad), y ante todo obsesionadas o propensas a asumir credos revolucionarios. No hablo, pues me niego a emplear el lenguaje de entomólogos como Jünger o la terminología policial, de clanes, de tribus ni de sectas. La figura del abanderado o portaestandarte generacional, por tanto, posee para mí las connotaciones que tiene, provoca y comunica. Son connotaciones autoritarias y, en consecuencia, forzosamente prescindibles. A mi entender, en literatura rige un principio análogo. Raras veces el faro viviente de una época de escritura sobrevive al tiempo que se adjudica o le adjudican. Y al decir esto pienso en la contraposición asumida por Rafael Sánchez Ferlosio cuando renunció con estrépito y vergüenza a *El Jarama*, quizás avisado de las funestas consecuencias del objetivismo narrativo, de la pureza aniquiladora del magnetófono, de la transcripción documental del taquígrafo, para recobrar en cambio la frescura plena de *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, que le emparentaba en cambio con un libro inagotable y tan poco útil para las exigencias y modas como *El Lazarillo de Tormes*, donde la ficción se inventaba a sí misma y echaba a correr —y, de paso, nos echaba a correr— por caminos insólitos. No se trata sólo de una cuestión de gustos —materia sobre la que hay mucho escrito— sino de un asunto de vitalismo, de coraje, de fuerza. Porque creo que en literatura, como en el resistir la adversidad, se invierten los términos: más vale fuerza que (malas) mañas...

FRANCISCO J. SATUE